

cesa, pues admirablemente pinta la grandeza de alma y la megestad indestructible del génio sacerdotal. «Ha parecido á la Academia que uno de los espectáculos para siempre memorables que haya ofrecido nuestro siglo, más rico acaso en grandes acontecimientos y grandes caracteres, es la lucha tenaz del Pontífice de Roma contra el dominador de Europa.»

No se trataba ya por cierto de ambiciosas pretensiones del poder espiritual sobre los imperios de la tierra; no se trataba tampoco de la supremacía pontificia, sino de la libertad religiosa, de la libertad del sacerdote y del hombre. Era la lucha de la conciencia contra la doble fuerza del génio; era bajo una forma sagrada, el último combate que la inteligencia presentaba contra un poder material sin contrapeso y sin barreras, que no destruía los tronos ni se hacía servir de ellos más que para avasallarlos, según sus intereses y su voluntad.

El hombre que no cedió á este prodigioso poder, ó que al ménos no cedió sino en los límites convenientes, y para resistir después con inflexible dulzura; el anciano que sin soldados, sin defensa, sin océano y sin desiertos entre la Francia y él, tuvo valor para decir al emperador *No*; y opuso las bulas de la Iglesia á la es-

pada del conquistador que había hecho pedazos las constituciones de los pueblos, es una de las más bellas figuras que puede presentarse como ejemplo á la humanidad para conservar el sentimiento de su propia grandeza y de su libertad moral. Tal carácter uniforme y sostenido forma la vida de Pio VII, templado con su durezza é indulgencia, aunque invencible en paciencia. Pio VII vino á Paris á consagrar al ilustre y afortunado guerrero que había honrado los restos mortales del último Pontífice, que libra á la Italia conquistada, que pacifica á la Francia victoriosa y restablece el orden y la religion. Cediendo á la victoria como á una voluntad visible de Dios, vino á coronar al emperador, á este nuevo Carlo Magno, más extraordinario que el primero, porque no tenía predecesores; mas el Pontífice romano se contiene porque vé ya hasta dónde llega la ambición del conquistador. A este consagrante llamado con tanta pompa, propone Napoleon hacerle el primer Obispo de su imperio, tomando á Roma para él y dándole Notre-Dame al Papa. (1)

(1) Continuaba la persecucion, dice el último historiador de Pio VII; trece cardenales les habían sido de-

Apenas las caricias y fiestas de la coronacion han pasado, cuando se murmura muy bajo sobre un proyecto, y se apoderan del Pontífice, difi-

tenidos, desterrados, dispersos en muchos lugares donde se les tenia vigilados. El Papa mismo prisionero en Saona, era el objeto de las más odiosas medidas, se le quitaban uno por uno á todos sus servidores, se le arrebatában sus papeles y aun sus breviarios. Treinta Obispos franceses reclamaban la institucion; pero las comunicaciones estando interrumpidas por la bula, el Papa no podia darlas. Napoleon convocó un comité eclesiástico donde figuraron los cardenales Fesch y Maury y el Arzobispo de Malinas, M. de Pradt. Un simple sacerdote, el abate Emery, hombre recomendable por su ciencia y su alta virtud, comprendió entónces con su admirable simplicidad, el orgullo del vencedor de los reyes de la tierra. Napoleon, dirigiéndose á él con una mirada que parecia quererle imponer la sumision, le dijo "M. ¿qué pensais de la autoridad del Papa?" Emery, llevando su mirada hácia los Obispos, como para pedirles permiso de responder, contestó con calma y dulzura: Sire, no puedo tener otro sentimiento sobre este punto, que el que se contiene en el catecismo enseñado

riendo de intentó su partida. "Todo ha sido previsto, responde Pio VII, ántes de dejar nuestra ciudad de Roma hemos firmado una abdicacion.

por vuestras órdenes en todas las Iglesias. A la pregunta, pues, ¿quién es el Papa? Se supone que es el jefe de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo, á quien todos los cristianos deben fentera obediencia. Napoleon se sorprendió de tal respuesta, y balbutiendo la palabra *catecismo*, pasó á otra cuestion:

No trato del poder espiritual del Papa, puesto que lo ha recibido de Jesucristo, le contestó; pero Jesucristo no le ha dado el poder temporal, Cárlos Magno es quien se lo ha dado; y yo, sucesor de este, quiero quitar-selo, porque no sabe usar de él, y además, le impide ejercer sus funciones espirituales." Emery le opuso el pasaje tan notable de Bossuet en la defensa de la declaracion del clero, donde se dice: "Se ha concedido á la Silla Apostolica la soberanía de Roma y otras posesiones, á fin que la Santa Sede, más libre, y con más seguridad ejerza su poder en todo el universo. Felicitamos por esto no solo á la Silla Apostólica, sino á toda la Iglesia, y deseamos con toda nuestra voluntad, que de todos modos este *principada sagrado* subsista sano y salvo."

regular, valedera desde el instante mismo en que se nos detuviera como cautivos: está fuera de vuestro alcance, al otro lado del mar, en Palermo, confiada á un depositario, dispuesto á publicarla, cuando se nos haya significado lo que se medita contra nosotros, no os quedará

Napoleon se recogió y replicó con afabilidad: "todo esto sería bueno para los tiempos de Bossuet en que la Europa reconocía muchos señores; no era conveniente entonces que el Papa estuviera sujeto á un soberano particular; pero ¿qué inconveniente hay que el Papa este sujeto á mí, ahora que la Europa no reconoce otro señor que yo?" Hay en los espíritus privilegiados una especie de don profético. El abate Emery estuvo como inspirado en la bella y simple respuesta que dió: "Sire, conocéis tan bien como yo la historia de las revoluciones: lo que ahora existe puede no existir siempre. A su vez, los inconvenientes previstos por Bossuet podían aparecer. Es necesario, pues, no cambiar un orden sabiamente establecido.

Al día siguiente de esta escena, queriendo hablar al emperador el Cardenal Fesch sobre negocios eclesiásticos, contestó el emperador: "Cállate, eres un ignorante

ya más en las manos que el miserable monge que se llama Bernabé Chiaramonti.

Ante tan sublime humildad el emperador no insistió, y el Pontífice volvió libre á Roma. Pero el inquieto y poderoso conquistador no por eso lo dejará en paz. La segunda lucha va á durar cuatro años, hasta el momento en que vencedor sobre nuevos campos de batalla, rey de Italia, vencedor de Alemania, Napoleon por un decreto reúne Roma á la Francia, y hace arrebatlarla al Papa, con algunos soldados, la noche misma del día en que más noblemente ocupado ganaba la batalla de Wagram.

Aquí termina el cuadro de la vida de Pio VII. Ya no se verá á este Pontífice oponer su constancia al poder, á la seducción, sino á la desgracia, al aislamiento, la prision: cuando todo lo ha abandonado sobre la tierra, cuando sus mismos Cardenales se han pasado al lado del

solo con el abate Emery, que sabe teología, es con quien debo tratar estos negocios. Un hombre como el haría de mí lo que quisiera, y quizá más de lo que yo debiera hacer." ¡Que homenaje tan grande tributado al Sacerdote católico, y por un hombre como el que lo hizo!

César, y que no cuenta con otro defensor ante el conquistador sobervio que un modesto consejero de la Universidad, el sabio Emery, simple Sacerdote, y el grande artista de Canova, su firmeza y su confianza son inalterables. Arrastrado cautivo de Roma á Alejandría. á Grenoble, á Saboya, á Fontainebleau: retracta allí noblemente su amenaza de 1805. El peligro se ha aumentado, el enemigo se ha hecho más terrible para que quiera combatirle abdicando. Muchas almas han desfalecido para que piense Pío VII en exponer su Iglesia al cambio de una secesion. Queda Soberano Pontífice en prision.

El general Meolis le exigió la cesion del dominio temporal que le habia otorgado la cristiandad. *«No lo puedo, no lo debo, no lo quiero,»* responde la imperturbable grandeza de alma del Pontífice, y así responderán todos sus sucesores hasta el actual Pontífice Leon XIII, que con un talento superior ocupa la Cátedra de San Pedro, resumiéndose en él la época actual. Su mirada penetrante como la del águila, abraza todas las necesidades de la humanidad y responde á todas. Como los que más, conoce perfectamente su siglo. Está en medio del mundo como un faro luminoso hácia el cual se fijan las

miradas de todos los que buscan la verdad, la fé y el reposo. A la sombra de su mano no hay temores sino paz, esperanza y amor. Virtuoso en su corazon, inflexible en su fé, es la columna inmortal de la indestructible verdad. En vano la heregía se agita á su derredor, en vano la política le amenaza con su feroz mirada, en vano el infierno suscita contra él las más extrañas dificultades, en vano las olas de las pasiones sacuden violentamente la barca que él dirige. ... Que el universo se aplaste á su derredor, que se venga sobre él, sus escombros lo herirán, pero no lo harán vacilar.

Afortunado anciano, prolonga tu vida para que puedas ayudarnos con tus luces á resistir á los nuevos sistemas y aberraciones sin número á que nos arrastra el espíritu de la mentira. Mientras que tu pupila esté fija sobre nosotros, el ángel del error quedará mudo. ... Antes se verán en las regiones del aire aparecer los ciervos ligeros, y al mar dejar sus peces en seco sobre la ribera, que tu recuerdo se borre de nuestro corazon.

Lo diré de una vez: los acontecimientos que se han sucedido de medio siglo á esta parte sobre la superficie del globo han servido maravillosamente para engrandecer al Sacerdote: cuan-

do se la ha visto subir al cadalso, descender á calabozos, caminar hácia él mismo destierro más bien que renegar de la fé, si ha comenzado á creer que en el Sacerdote católico habia otra cosa más que el hombre. Por más vil que lo pinten las pasiones, por más despojado uue aparezca, por más que se le señale con un signo de irrisión, con una corona de espinas sobre su cabeza, una frágil caña en sus manos, una sucia y roída púrpura sobre sus espaldas, esposas á sus manos y grillos á sus piés, el Sacerdote conservará siempre una mirada que revelará su dignidad natural. Hasta en su abatimiento y oprobio, el Sacerdote católico responde al que lo hiere diciéndole: soy rey.



CAPITULO XI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.—EL GENIO MILITAR
Y EL GENIO SACERDOTAL.

El génio militar de los tiempos modernos es el que ha hecho descubrir la grandeza del sacerdote católico, al traves de los tristes escombros bajo los cuales el terror lo habia sepultado. Habia visto que la espada sola del soldado no bastaba á su ambicion: quiso asociarse á la cruz del sacerdote; pero qué hacer . . . La cruz habia quedado abatida, mutilada, arrastrada por el fango. El sacerdote estaba enrojecido con la sangre del cadalso, y vivia bajo un suelo estra-